

Cuadernos de Quevedo

Sobre el nacimiento de D. Francisco de Quevedo
José Luis Rivas Cabezuelo

El horóscopo de Quevedo
Juan Estadella



El horóscopo de Quevedo

Juan Estadella

En este artículo expongo mi tesis acerca del horóscopo de Quevedo, desconocido hasta hoy. En este trabajo, sostengo y demuestro que mediante unos datos y unas claves que nuestro autor inmortal dejó codificadas, astronómica y astrológicamente, en uno de sus romances, puede reconstruirse el verdadero horóscopo de Quevedo. Indirectamente, puede averiguarse también con exactitud su hora de nacimiento y puede confirmarse que nació el 14 de septiembre de 1580, tal y como recientemente se ha podido evidenciar a partir de otra investigación paralela.

In this article, I have put forward my thesis on the horoscope of Quevedo, unknown until now. In this paper, I sustain and demonstrate that the true horoscope of Quevedo can be reconstructed by using dates and keys that this immortal author left astronomically and astrologically coded in one of his *romances*. Indirectly, it is also possible to know his exact birth time and to ascertain that his date of birth is september 14, 1580, as has been recently proven in a parallel investigation.

Palabras clave: horóscopo de Quevedo, astrología, astronomía, día de nacimiento, hora de nacimiento / horoscope of Quevedo, astrology, astronomy, date of birth, birth time.

*«Bien puede buscar la noche
quien sus estrellas conozca,
que para mi astrología
ya son oscuras y pocas».*

Francisco de Quevedo.
Romance «Halla en la causa de su amor todos los bienes».

Introducción.

El presente estudio tiene una finalidad cultural, que no astrológica; no obstante, para abordarlo es imprescindible el hacerlo, en parte, en clave astrológica. El objeto del mismo es el de reconstruir -si se me permite la expresión- el verdadero horóscopo de don Francisco de Quevedo y Villegas, tal y como él lo conoció en vida. Sí, es posible hallar, escondidas, colgadas discretamente entre las líneas de las estrofas de uno de sus romances, las claves para poder calcular rigurosa y fielmente, casi cuatro siglos más tarde, el horóscopo de este célebre autor del Siglo de Oro español.

Es evidente, una vez completado el estudio en el que ahora les introduzco, que en su tiempo nuestro autor ya calculó, estudió y referenció, por añadidura, en al menos uno de sus romances, su propio horóscopo. Es justamente gracias a las referencias que vierte en uno de sus romances, a modo de pistas o claves astrológicas, lo que me ha permitido reconstruir o hallar y desempolvar el horóscopo de Quevedo en nuestro siglo XXI. Hasta el día de hoy, no hemos tenido constancia documental del mismo; su horóscopo no ha sido hallado, ni siquiera referenciado en otras obras, por otros autores; ni tan solo teníamos constancia, hasta hace poco tiempo, del verdadero día de su nacimiento.

Por otra parte, el elemento astrológico es recurrente en sus obras. Cabe suponer que Quevedo entró en contacto con la astrología de su tiempo por una vía culta, académica. No hay que olvidar que en la España del siglo XVII, la astrología se hallaba en su acmé, si atendemos al grado de penetración de esta disciplina en las clases más cultas o doctas, así como a su posicionamiento académico, léase cátedras de astrología en las universidades españolas.

Entiendo que mi modesta aportación, que expongo en el presente trabajo, incide transversalmente en la línea de investigación que se inició, en forma de hallazgo documental, a mediados del pasado siglo XX. Fue a partir de la publicación de una carta inédita del mismo Quevedo, cuando por primera vez después de varios siglos pudimos inferir, a partir de la misma, el día en que nuestro inmortal autor había nacido. Más recientemente en el tiempo, una rigurosa investigación documental ha aportado la prueba definitiva acerca del verdadero día en que vio la luz nuestro autor universal. Mi aportación, pues, no solo permite reconstruir fielmente el horóscopo de nuestro eximio autor, sino que en la línea de los hallazgos referidos, demuestra inequívocamente, con el aval de una realidad astronómica incontestable, la hora exacta en que nació, a la par que confirma, también, que don Francisco de Quevedo nació el 14 de septiembre de 1580.

I. Astrología Vs. Astronomía: fundamentos del horóscopo.

El vocablo horóscopo procede del griego *oros* (horizonte) y *skopeo* (examinar). Un horóscopo natal no es más que la representación del cielo del momento en que una persona nace: la posición del Sol, de la Luna y de los planetas en un gráfico. Los planetas son Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y el planeta enano Plutón. Cada uno de estos cuerpos celestes, se ubica en un grado, minuto y segundo de arco determinado, dentro de un círculo de 360° al que llamamos Zodíaco. En la parte central de la banda zodiacal o Zodíaco, hallamos a la Eclíptica, que es el plano por el que el Sol se mueve aparentemente durante un año, hasta volver a la misma posición. Decimos aparentemente por ser nuestra visión puramente geocéntrica; en verdad, es la Tierra la que se desplaza en su órbita alrededor del Sol. Este sendero virtual, por el que también se mueven la Luna y el resto de planetas, se subdivide, a partir de la intersección del plano del Ecuador Celeste con la Eclíptica, en doce sectores de 30° de arco cada uno. Son los llamados signos del Zodíaco: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis, a los que no hay que confundir con las constelaciones del mismo nombre, que son agrupaciones arbitrarias de grupos de estrellas.

Un horóscopo tiene en cuenta, además, a las coordenadas geográficas natales, que determinan a su vez lo que en astrología se denominan ángulos. Éstos, equivalen al Horizonte y al Meridiano local. Así, el punto de intersección del Horizonte con la Eclíptica en el punto cardinal Este, determina el denominado Ascendente. Y la intersección del Meridiano con la Eclíptica, es lo que se conoce como Mediocielo. Aparte, el horóscopo, que actualmente se dibuja en forma de círculo (en tiempos de Quevedo se representaba cuadrado), se subdivide en diferentes sectores o casas, a partir de los llamados ángulos: doce sectores en total. Es importante apuntar que la consideración astronómica es, aquí, geocéntrica; es decir, se toma como punto de partida, como punto de vista, a la misma Tierra: concretamente al lugar exacto donde uno nace.

Tanto los planetas como los signos y los sectores o casas, representan, simbólicamente, a principios, energías, o esferas de la vida de una persona. Son el alfabeto de la astrología. No obstante, no son las únicas configuraciones que se toman en consideración: los aspectos planetarios (relaciones angulares entre los mismos planetas), otros puntos del horóscopo natal, como el llamado Parte de la Fortuna, los Nodos Lunares y un largo etcétera de consideraciones astronómicas, simples o derivadas, hacen de esta representación fidedigna del firmamento, para una hora, día, año y para una Longitud y Latitud determinadas, un complejo entramado de puntos a tener en cuenta, pero siempre astronómicamente reales. No es necesario adentrarnos más en consideraciones astronómicas ni astrológicas. Mi intención es únicamente la de mostrar, sintéticamente, lo que se esconde detrás de un horóscopo, desde un punto de vista astronómico. No obstante, es importante entender que es esta una disciplina que toma en consideración a un gran número de datos celestes, entre posiciones astronómicas y configuraciones derivadas. Nótese, además, que sólo una vez cada 26.000 años se reproducen con exactitud dos horóscopos idénticos.

II. Claves literarias para reconstruir el horóscopo de Quevedo.

Bien, ahora que entendemos mínimamente lo que representan determinados vocablos en la astrología culta, ajena por completo a esa aberración y degeneración moderna que suele figurar en la última página de los periódicos y revistas, podremos comprender mejor algunas aseveraciones o indicaciones, a modo de pistas, que nacen de la pluma de nuestro autor inmortal: las claves literarias que permiten reconstruir el horóscopo de Quevedo.

Antes, no obstante, es menester recapitular los hechos que, algunos todavía recientes, han permitido acometer este pequeño estudio:

Hasta mediados del siglo XX, sólo se conocía de nuestro autor que fue bautizado el 26 de septiembre de 1580, en la parroquia de San Ginés, en Madrid, por más señas. No se sabía, pues, su fecha de nacimiento. Sin embargo, a mediados de los años cuarenta aparece publicada la obra *Epistolario completo de don Francisco de Quevedo y Villegas*¹, a cargo de don Luis Astrana Marín. Allí, entre diferentes documentos y cartas inéditas, hallamos en una de estas misivas una pista acerca del día de su nacimiento. Así, en una carta de Quevedo dirigida a su amigo don Sancho de Sandoval, de fecha 31 de mayo de 1639, dice aquél: «Yo aguardo el tratado que v. m., como por ser de la devoción que tengo a tan grande sancto, y tener su nombre por haber nacido el día de sus Llagas...». En esta carta, Quevedo asegura haber nacido el día de las Llagas de San Francisco; es decir, el sábado 17 de septiembre de 1580.

A partir de entonces y hasta hace muy poco tiempo, esta fecha (17 de septiembre) ha venido siendo anotada en diferentes enciclopedias, biografías y otros textos como el día en que nació el autor que aquí es objeto de estudio. Es, en verdad, la fecha en que se celebra la festividad de las Llagas de San Francisco.

Más adelante en el tiempo, y como consecuencia de una certera reinterpretación de la supuesta fecha en que nació nuestro autor inmortal, don José Luis Rivas Cabezuelo, investigador y presidente de la *Fundación Francisco de Quevedo*², expuso en la revista de investigación quevediana *La Perinola*³, su particular tesis: Quevedo no nació un 17 de septiembre, tal y como cabía deducir de una interpretación simple de la carta referenciada anteriormente, sino que realmente nació el 14 de septiembre.

La asignación del 17 de septiembre como fecha natal de Quevedo es, a juicio de don José Luis Rivas, errónea. Según su trabajo de investigación, la fecha del 17 de septiembre corresponde a la celebración del acontecimiento, a su festividad litúrgica, pero no a la fecha en la que ocurrió realmente el acontecimiento milagroso. A nivel documental, no existen dudas acerca de la fecha en que la Impresión de las Llagas tuvo lugar: el 14 de septiembre de 1224. Por determinadas circunstancias históricas y religiosas que no vienen al caso, la Iglesia postergó la celebración litúrgica al 17 de septiembre, pero a todos los efectos, prevalece la verdadera fecha en la que tuvo lugar el

¹ Astrana Marín, 1946.

² Fundación Francisco de Quevedo. c/ Quevedo, 36. 13344 -Torre de Juan Abad. Ciudad Real, España.

³ Rivas Cabezuelo, J.L., «Sobre el nacimiento de Francisco de Quevedo», *La Perinola*, 12, 2008.

milagro. Según don José Luis Rivas, Quevedo era conocedor de este hecho y, al escribir a su amigo Sancho de Sandoval, en relación al día de su nacimiento, se refería al día 14 de septiembre y no a otro día.

Como muy bien apunta don José Luis Rivas, confirman esta suposición acerca de que el verdadero día en que nació Quevedo fue el 14 y no el 17 de septiembre de 1580, dos hechos que no permiten discusión, los cuáles apuntalan su tesis y hacen encajar todas las piezas como en un rompecabezas:

1. Quevedo señala en uno de sus romances (transcrito parcialmente más adelante), que nació entre un martes y un miércoles. Y aquí coincide con la fecha, pues el 14 de septiembre de 1580 era miércoles.

2. Anota también Quevedo, en el mismo romance, una referencia a la fase lunar para esa fecha, donde concretamente se producía el paso de la Luna Nueva al Cuarto Creciente, pero especificando que no alcanzaba todavía a esta última fase. Y también aquí se corresponde con la fase lunar del miércoles 14 de septiembre de 1580.

Ninguno de los dos puntos o realidades anteriores se dan con la fecha del 17 de septiembre de 1580, obviamente, pues el día de la semana sería ya el sábado y, en relación a la fase lunar, hallaríamos ya completado e iniciado el cuarto creciente. Todo esto está expuesto con detalle en el trabajo de investigación de don José Luis Rivas, ya referenciado anteriormente.

Aquí acaba el sucinto relato de este sorprendente hallazgo; histórico, a mi juicio, pues saca a la luz, con el respaldo documental necesario y con el aval de una realidad astronómica innegable, un dato biográfico capital en la vida de todo personaje ilustre: el conocimiento cabal de su fecha de nacimiento.

Y aquí empieza mi pequeña aportación, que complementa el esclarecedor trabajo de investigación de don José Luis Rivas Cabezuelo.

Ciertamente, mi tesis complementa el citado trabajo por diferentes razones: La primera de ellas, debido a que completa el estudio y análisis del ya célebre romance de Quevedo, aunque esta vez en clave no sólo astronómica, sino astrológica también. La segunda, por haber podido deducir, indirectamente, o hallar la hora exacta -con un margen de error de sólo unos minutos de tiempo- en que nació Quevedo, más allá del día de nacimiento, que ya quedó establecido; y esto, también gracias a las indicaciones que, en forma de pistas o claves para la posteridad, sembró este autor en el susodicho romance. Y, finalmente, una tercera razón, que no por ser la tercera es menos importante: el permitir, de acuerdo con ello, reconstruir el horóscopo de don Francisco de Quevedo. Y esto último no solo no es nada despreciable, a nivel biográfico e histórico, sino que es, en sí, importante; no hay que olvidar que algunas de las claves que da nuestro autor inmortal sobre su propio horóscopo, como la fase lunar de su nacimiento, permitieron a don José Luis Rivas confirmar su tesis acerca del verdadero día de su nacimiento.

Es importante, también, el rescatar su horóscopo por ser la astrología una materia muy cercana a nuestro insigne autor. A pesar de algunas contradicciones, dudas y críticas, que podemos ver en determinadas partes de su obra, en conjunto Quevedo se nos

muestra como un firme partidario de esta disciplina; va mucho más allá que un respetuoso Cervantes, en este sentido; por sus propias palabras, muestra un conocimiento tal en este saber, que roza el oficio y el conocimiento propios de un astrólogo de la época. En parte, así lo demuestran mil y un sonetos y romances o, más recientemente en el tiempo, la obra de don Alessandro Martinengo, acerca de la astrología en la obra de Quevedo⁴. Al respecto, debo añadir que al final de esta obra figura una relación parcial de la biblioteca de nuestro autor, centrada especialmente en los libros de temática astrológica. Y a partir del examen de la lista, se me antoja, en conjunto, una biblioteca de un nivel conceptual y técnico muy elevado; baste mencionar obras como el *Speculum astrologiae*⁵, del florentino Francesco Giuntini, un completo compendio astrológico, consultado y referenciado incluso tres siglos después de su aparición.

Es mi intención, en un futuro próximo, el abordar el estudio de esta lista de obras de contenido astrológico, pues ello nos permitirá hacernos una idea más cabal acerca de las pretensiones y de la profundidad de los conocimientos de Quevedo en esta materia.

Así, cerramos un círculo: en forma figurada, por regresar al horóscopo en sí y, también, en forma literal: el gráfico circular del horóscopo de Quevedo, que en el presente trabajo les presento, y que muy posiblemente ve la luz por primera vez después de cuatrocientos años.

Nuestro inmortal autor quiso dejarnos a las generaciones venideras de lectores y estudiosos de su vida y obra, unas claves acerca de su nacimiento; su horóscopo, está escondido, esbozado, dibujado entre líneas. Hemos tardado cuatro siglos en poder descubrir estas claves, pero ahora están aquí, desveladas y aprovechadas. Con todo, hay que reconocer que, durante siglos, la ausencia de un referente natal fidedigno, al desconocer el día en que nuestro autor vino al mundo, ha hecho pasar desapercibidas estas indicaciones. Ningún historiador, biógrafo o astrólogo acudiría a este presumible reto quevediano en la distancia. Antes no teníamos el respaldo documental e histórico que hoy tenemos, sabiendo que nació un 14 de septiembre de 1580.

Entiendo que es imprescindible el transcribir, casi por completo, el ya famoso romance donde Quevedo señala indirectamente el día de su nacimiento. Además, y como sostengo en forma de tesis, Quevedo dibuja, entre líneas, su horóscopo natal con una gran precisión.

He aquí el romance que «Refiere su nacimiento y las propiedades que le comunicó»⁶:

*“Parióme adrede mi madre,
¡ojalá no me pariera!,
aunque estaba cuando me hizo,
de gorja naturaleza.*

*Dos maravedís de luna
alumbraban a la tierra,*

⁴ Martinengo, 1983.

⁵ Giuntini, F., *Speculum astrologiae*.

⁶ Quevedo, F. de, *Antología poética*, Espasa-Calpe, Madrid, 1959.

*que por ser yo el que nacía,
no quiso que un cuarto fuera.*

*Nací tarde, porque el sol
tuvo de verme vergüenza,
en una noche templada
entre clara y entre yema.*

*Un miércoles con un martes
tuvieron grande revuelta,
sobre que ninguno quiso
que en sus términos naciera.*

*Nací debajo de Libra,
tan inclinado a las pesas,
que todo mi amor le fundo
en las madres vendederas.*

*Dióme el León su quartana,
dióme el Escorpión su lengua,
Virgo, el deseo de hallarle,
y el Carnero su paciencia.*

*Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
porque no vuelvan acá,
y a engendrar más hijos vuelvan.*

*Tal ventura desde entonces
me dejaron los planetas,
que puede servir de tinta,
según ha sido de negra”.*

[...]

Hasta aquí el romance donde Quevedo nos desvela, en forma más o menos críptica, detalles astronómicos y astrológicos de su nacimiento. No he transcrito la totalidad del romance, sino únicamente la primera parte, la que contiene la información que nos ayuda a dilucidar el día, la hora de su nacimiento y su horóscopo.

A continuación, analizaré las palabras y frases que claramente transparentan un doble sentido o que, simplemente, en sentido figurado o en forma de metáfora sugieren determinadas realidades del día y de la hora de su nacimiento, a la vez que lo hacen de su mismo horóscopo.

En primer lugar, por lógica y para tener una perspectiva adecuada, abordaré el conjunto de indicaciones sobre las que se ha basado don José Luis Rivas para confirmar con seguridad el día de su nacimiento. Son éstas:

1. «Dos maravedís de luna alumbraban a la tierra, que por ser yo el que nacía, no

quiso que un cuarto fuera».

Claramente, Quevedo señala una fase lunar próxima a completar el Cuarto Creciente, pero sin llegar a hacerlo. La metáfora a la que alude don José Luis Rivas en su estudio, referida a la moneda, me parece correcta, como no. Con todo, en el cielo del momento no se observaba exactamente una posición de la Luna a mitad de camino entre la Luna Nueva y el Cuarto Creciente, sino que la Luna se hallaba ya algo pasada de este punto medio teórico. Nótese que si entendemos a la Luna Nueva como una posición (eclíptica) de conjunción exacta (distancia de la Luna al Sol de 0 grados de arco) y la fase de Cuarto Creciente como una posición, eclíptica también, donde la Luna dista 90 grados del Sol, para que la Luna estuviera a mitad de camino de la Luna Nueva y el Cuarto Creciente, ésta debería hallarse a 45 grados del Sol y, en la madrugada del miércoles 14 de septiembre de 1580, estos dos cuerpos celestes se hallaban a unos 60 grados el uno del otro. ¿Invalida esto la suposición apuntada anteriormente? Rotundamente no, pues aunque la fase creciente se inicia, de facto, con una distancia de 90 grados de arco de la Luna al Sol (creciente o en una dirección contraria a las agujas del reloj), en realidad esta fase se extiende prácticamente hasta alcanzar la siguiente fase lunar: la Luna Llena (Luna a 180 grados del Sol). Así, la interpretación que don José Luis Rivas efectúa en su estudio acerca de las palabras de Quevedo, es perfectamente compatible con esta realidad astronómica; es decir, la relación angular entre la Luna y el Sol para esa madrugada, seguía estando en la mitad de otra eventual relación angular en fase de Cuarto Creciente, aunque no en su mismo inicio, sino algo después de completarse.

2. *«Un miércoles con un martes tuvieron grande revuelta, sobre que ninguno quiso que en sus términos naciera».*

En este segundo punto, hallamos una importante confirmación acerca de la verdadera fecha de su nacimiento, pues el día 14 de septiembre, el día de las Llagas de San Francisco, era justamente un miércoles.

Y a continuación, abordaré el conjunto de indicaciones que me han permitido acotar, con una gran exactitud, la hora en que nació nuestro insigne autor, a la vez que me han concedido el honor de poder calcular y reconstruir su horóscopo. He aquí las claves:

1. *«Nací tarde, porque el sol tuvo de verme vergüenza, en una noche templada entre clara y entre yema».*

Aquí nuestro autor no solo sitúa su nacimiento con el Sol debajo del horizonte, lo que bastaría para justificar la primera parte de esta estrofa, sino que especifica que el alumbramiento tuvo lugar durante la noche. Esto, delimita el nacimiento a unas pocas horas después de la medianoche del miércoles 14 de septiembre, pues sabemos por él mismo que nació la noche del martes al miércoles y, más concretamente, el mismo día de las Llagas de San Francisco; es decir, el mismo día 14. De acuerdo con ello, cabe suponer que el parto tuvo lugar entre las 0 horas y las 5 horas, aproximadamente, del día 14 de septiembre. Más allá de esta hora, parece improbable, pues toda cercanía del evento a las luces del alba, contradice en parte el sentido de la estrofa objeto de análisis.

También nos dice que «nació tarde», no temprano, como sería el caso de situarse el nacimiento a las 4 horas 30 minutos ó a las 5 horas, o incluso algo más allá de esta hora. Esto hace más plausible una hora próxima a la medianoche. Recuérdese, además, lo

comentado anteriormente con respecto a la estrofa que hace alusión a que nació entre un martes con un miércoles, en clara referencia a que el alumbramiento aconteció en una hora cercana al cambio de día; es decir, en una hora cercana a las 0 horas o a la medianoche. Aunque no estoy muy versado en los giros y el léxico del castellano empleado en el siglo XVII, entiendo que la expresión «entre clara y entre yema», que sigue a «una noche templada», cabe conectarla preferiblemente a la temperatura, por lógica, siendo menos probable una eventual alusión al grado de luz, derivado del paso de la noche al día.

2. *«Nací debajo de Libra, tan inclinado a las pesas, que todo mi amor le fundo en las madres vendederas».*

Aquí nos encontramos con la primera estrofa donde Quevedo alude directamente a una configuración puramente astrológica. Y la primera alusión a la astrología es, también, la más importante, pues es sabido que el denominado «signo solar» es una configuración astrológica de primer orden; con seguridad, la más relevante. El nacer debajo de Libra equivale a decir, aquí, nacer con el Sol en el signo zodiacal de Libra. Quevedo dice, apropiadamente, «...debajo de Libra», pues es conocido, tal y como anteriormente se ha explicado, que el Sol recorre a lo largo del año la banda zodiacal o Zodíaco, situándose esta banda imaginaria más allá del Sol, a modo de trasfondo o decorado de fondo. Concebido así, se entiende la expresión de nuestro querido autor.

Como sabemos, el día en que una persona nace determina su signo solar. Como hemos visto anteriormente, los signos del Zodíaco son doce particiones de 30 grados de arco cada una, iniciándose con el primer signo (Aries), justo en la intersección del Ecuador Celeste con la Eclíptica. De esta manera, el signo de Libra se sitúa entre los 180 y los 210 grados del Zodíaco. Anualmente, el Sol recorre (aparentemente, desde el punto de vista de la Tierra) el signo de Libra desde el 23 de septiembre al 22 de octubre, aproximadamente. Sin embargo, estas fechas sólo son válidas para el actual Calendario Gregoriano (introducido en España en 1582). Para el Calendario Juliano, que estaba en vigor para la fecha en que nació Quevedo, el Sol permanecía en el signo de Libra desde el 13 de septiembre al 12 de octubre, aproximadamente. Esto nos dice, obviamente, que dado que el mismo Quevedo asegura haber nacido «debajo de Libra», su fecha de nacimiento tiene que estar comprendida, para el año 1580, entre el 13 de septiembre y el 12 de octubre. En verdad, este dato no nos es de ninguna ayuda ahora, pues todas las fechas susceptibles de haber acogido su nacimiento: el 14 de septiembre, el 17 de septiembre o el mismo día de su bautizo, el 26 de septiembre, se hallan comprendidas entre aquél lapso de tiempo. A lo sumo, puede confirmarnos que nació entre el 13 de septiembre (inicio del signo de Libra) y el 26 de septiembre, la fecha de su bautizo, pero nada más; y esto, sólo nos hubiera sido de utilidad hasta mitades del siglo XX, pues hasta entonces se desconocía por completo en qué día había nacido nuestro ilustre escritor.

Pero volvamos al signo de Libra y a la estrofa en donde se le menciona. Cabe prestar atención a lo que dice Quevedo después: «Nací debajo de Libra, tan inclinado a las pesas...». Bien, aquí hace referencia «a las pesas» de la balanza, ese instrumento de medición que determina el peso de los objetos; un artilugio que ya se conocía y utilizaba en el Antiguo Egipto. En la época de Quevedo, cabe suponer que ya era una de las herramientas de trabajo de lo que él llama las vendederas (vendedoras), para agotar el significado de la frase y de la estrofa que estudiamos ahora. Pero lo importante, aquí, es

la referencia a la balanza, pues el signo de Libra está representado, desde siempre, desde mucho antes de que Quevedo naciera, por este mecanismo: la balanza. Fíjense, sino, en la representación del signo, que asemeja una balanza: «. De ahí todo lo que Quevedo menciona en relación a este objeto: pesas y vendederas, también. No cabe aquí un error de interpretación: de acuerdo con la fecha en que nació Quevedo (14 de septiembre), su signo solar era Libra; nació debajo de Libra, por decirlo de otra manera. Quevedo lo afirma así y nos habla, indirectamente, del objeto que simboliza a dicho signo desde tiempos inmemoriales; y esto, este conocimiento, más que pertenecer a la misma cultura astrológica, escapa ya de ella, para fundirse con la palabra cultura, con mayúsculas; al menos, para nuestra actual civilización. Es notorio. Y es notorio, también, que Quevedo se refiere a que nació con el Sol en Libra; y a nada más.

3. *«Díome el León su quartana, díome el Escorpión su lengua, Virgo, el deseo de hallarle, y el Carnero su paciencia».*

Esta es la estrofa más importante en relación a las referencias a su horóscopo. Aquí, Quevedo nos indica, entre líneas, de forma velada, su horóscopo. Entiendo que en el siglo XVII, cuando la astrología culta estaba fuertemente incrustada en la cultura de la época, siendo conocida y practicada por la gente docta del momento, entre eruditos de diferentes campos o literatos, esta ristra de voces astrológicas y los comentarios que les acompañaban, tendrían pleno significado para muchos lectores. Hoy, la astrología es una gran desconocida para la inmensa mayoría de estudiosos de la vida y la obra de Quevedo. Así, sólo mediante el conocimiento cabal de esta disciplina podemos apreciar, en toda su dimensión, en las coordenadas exactas en que el autor las dispuso, estas palabras y oraciones.

Quiero hacer notar al lector el orden de las diferentes estrofas en la primera parte del romance que aquí es objeto de estudio. El orden es, aquí, relativamente importante, pues nuestro autor va desgranando, con un cierto orden -a mi juicio, nada aleatorio- los elementos que nos ayudan a determinar su horóscopo; y además, como veremos más adelante, con una gran precisión: con unos pocos minutos de margen. He aquí lo que Quevedo nos dice desde el principio del romance, estrofa a estrofa:

1°. Nos indica la fase lunar del momento, con una cierta precisión: poco antes de completarse el Cuarto Creciente. Esto, acota el día con un cierto margen: sólo fue posible del 11 al 16 de septiembre, aproximadamente, de 1580; tomando como referencia la fecha de su bautizo.

2°. Dice, en otra estrofa que le sigue, que el nacimiento tuvo lugar de noche. Esto permite, también, descartar las horas diurnas.

3°. Nos dice que nació entre un martes y un miércoles, lo cual permite localizar la fase lunar previa a su bautizo y confirmar, por coincidir los días de la semana, el día exacto de su nacimiento.

4°. Quevedo asegura haber nacido con el Sol en el signo de Libra. Y, como he apuntado anteriormente, esto sólo fue posible desde el 13 al 26 de septiembre (fecha en que fue bautizado) de 1580. También este dato nos ayuda a confirmar la horquilla de posibilidades, si me permiten la expresión, en cuanto a las fechas natales. Pero no del 13 al 26, sino del 13 al 16 de septiembre, de acuerdo con la fase lunar que nos indica

Quevedo en otra estrofa anterior.

5°. En la estrofa capital que le sigue, desde un punto de vista astrológico, nuestro autor nos da toda una serie de detalles que permiten, inequívocamente, determinar su horóscopo con una exactitud o margen de error de sólo unos minutos de tiempo, como demostraré en breve, dentro de este estudio.

Quiero resaltar que sólo con la primera parte del romance que también se conoce como *Refiere su nacimiento y las propiedades que le comunicó* (que por cierto, es muy explícito al respecto), ya puede calcularse su horóscopo. Puedo afirmar, con rotundidad, que con las seis primeras estrofas de este romance, cualquier astrólogo experimentado puede erigir su horóscopo y, a partir de él, indirectamente, determinar con una precisión de unos pocos minutos la hora y el día en que nació Francisco de Quevedo. Y ello sólo partiendo del sentido astrológico puro, tradicional e inequívoco, con el que nuestro autor impregnó a sus palabras; nada tiene que ver con una elaboración alambicada de esta disciplina. Dentro de unos límites, todo aquí, en sus palabras, es diáfano y claro. Es un hecho astronómico, además; son realidades astronómicas incontestables: basta calcular las posiciones del Sol, de la Luna y del resto de planetas para la época y conocer las coordenadas geográficas de su nacimiento.

La razón de esta afirmación, anotada en este último párrafo, es muy simple de entender: sabemos que Quevedo fue bautizado el 26 de septiembre de 1580 y tenemos pruebas documentales de ello; por lo tanto, no pudo nacer después, por lógica, sino sólo antes. Siendo generosos, podemos entender que fuera bautizado no ya el mismo día (como era frecuente en la época, por cierto), ni la misma semana, ni el mismo mes...sino en el mismo año. Pues bien, ni aún así puede haber dudas: sólo pudo nacer del 13 (inicio del Sol en el signo de Libra) al 26 de septiembre de 1580 (fecha de su bautizo); antes, no. Y, dentro de este lapso de tiempo, sólo podemos hallar, por lógica astronómica, a la Luna en una fase lunar próxima a completar el Cuarto Creciente: del 11 al 16 de septiembre. Descartamos los días 11 y 12, pues el Sol todavía no había entrado en el signo de Libra. Y nos queda este lapso de tiempo: del 13 al 16 de septiembre. Bien, el autor nos dice que nació un martes o un miércoles y eso limita la fecha de su nacimiento a dos días: el 13 de septiembre (martes) o el 14 de septiembre (miércoles). Y a partir de aquí, como veremos más adelante, podemos llegar a determinar el momento de su nacimiento con una precisión de sólo cinco minutos de tiempo.

Ahora sabemos, gracias a unas cartas inéditas publicadas a mediados del pasado siglo XX, que el mismo Quevedo dice haber nacido el día de las Llagas de San Francisco. Y sabemos, también, gracias al hallazgo de don José Luis Rivas, que el día en cuestión era el miércoles 14 de septiembre. Y coincide, cuadra perfectamente con todos los elementos de que disponemos. Si no tuviéramos ese dato, la seguridad de ese día 14, (recuerden que a partir de datos astronómicos y astrológicos pudimos llegar hasta el día 13 ó 14), a partir de este célebre romance también podríamos saber no sólo el día, sino la hora en que nació Quevedo. Esto lo demostraré más adelante, dentro del presente estudio. Con todo, el poder confirmarlo con los hallazgos previos y paralelos, ya referenciados, refuerza la tesis con respecto al nacimiento de nuestro autor.

Mi opinión, examinando el romance y repasando panorámicamente la vida de Quevedo en el siglo XVII, es que nuestro autor sabía que un lector culto, con conocimientos astronómicos y astrológicos, podía deducir su horóscopo a partir de este romance. Es

decir, fue más allá de justificar con determinadas configuraciones astrales una característica personal o de su propio destino. No fue un recurso literario más para adornar un romance. Ello hubiera sido fácil, mostrando únicamente una sola posición o aspecto astrológico; o más de una, incluso. Pero, ¿por qué razón apelar a tantas de significativas, que nos llevan a seguir un hilo, por su efecto individualizador, y a poder determinar con exactitud su horóscopo? Este acertijo, ese mensaje casi críptico, esa intención o nota quevediana, es congruente con su mismo perfil, como autor y como persona.

Quevedo quizá jugó, en su tiempo, con el hecho de que su día de nacimiento no era del conocimiento de sus contemporáneos. Prueba de ello es que hasta hace relativamente poco tiempo no hemos sabido en qué día nació realmente. Por ello, aunque su horóscopo estuviera insertado y esbozado, de una forma más o menos diáfana, en su romance, el lector con conocimientos astronómicos y astrológicos (esto último, *conditio sine qua non*) que lo dedujera, tampoco podía contrastarlo ni corroborarlo con un documento o con un dato biográfico que no existía como tal. ¿Es posible que alguien lo hubiera descifrado? No podemos saberlo a ciencia cierta, pero no existen -al menos, yo no tengo conocimiento de ello-, datos (astrológicos) acerca de su nacimiento en ningún sentido: ni citas en otras obras, ni teorías o suposiciones en textos literarios o astrológicos ni tampoco su horóscopo figura en ninguna compilación antigua de horóscopos notables, ni en ninguna base de datos astrológica moderna. Es una incógnita, su nacimiento. Como he dicho, prueba de ello es que hasta hace poco no sabíamos ni tan siquiera el día en que nació.

Después de este paréntesis, es menester volver al principio; es necesario retomar el análisis de las palabras y oraciones de este monstruo de la literatura para extraer todo el jugo de las mismas, para destilar después su intención, por medio de una diáfana interpretación astronómica y astrológica. Nos habíamos detenido en la estrofa que hace las veces de piedra angular del acertijo. Y es la más importante por contener o describir los elementos principales de todo horóscopo. Al lector, le remito a la primera parte de este estudio, donde explicaba qué se esconde, astronómica y astrológicamente, detrás del vocablo «horóscopo». Pues bien, cabe recordar que los elementos principales de un horóscopo son, por orden de importancia:

1. El signo solar (la posición del Sol en un signo zodiacal determinado).
2. El signo ascendente (comúnmente llamado Ascendente, ya descrito antes).
3. El signo lunar (la posición de la Luna en un signo zodiacal determinado).
4. El Mediocielo (ya descrito anteriormente).

Le siguen en importancia las posiciones del resto de planetas, el Parte de la Fortuna y los Nodos Lunares. También se consideran el resto de sectores o casas, angulares o no. Y a partir de aquí, es la combinación (infinita, añadido yo) de todos sus elementos lo que permite el desarrollar un horóscopo en concreto: las relaciones angulares entre el Sol, la Luna y los planetas, la ubicación del Sol, la Luna y de los planetas en las casas y de los planetas en los signos y otras consideraciones de importancia. Pero en cualquier caso, el signo solar, el signo ascendente, el signo lunar y el signo que se halla en el Mediocielo al nacer son, sin ninguna duda, las configuraciones principales.

Y como veremos a continuación, Quevedo nos suministra la información necesaria para que conozcamos las configuraciones capitales de su horóscopo: Primero, el signo solar (Libra), que, de hecho, ya nos facilitaba en el párrafo anterior, no en este; así, ya que es el elemento más importante de todo horóscopo, precede en el orden al resto de elementos; más aún: nuestro autor le concede una estrofa completa. Segundo, el signo ascendente (Leo). Tercero, el signo lunar (Escorpio). Cuarto, el signo donde se halla el Parte de la Fortuna (Virgo). Y en quinta posición, el signo donde se halla el Mediocielo (Aries).

Es sorprendente que Quevedo nos muestre, indirectamente, las configuraciones más importantes de su horóscopo; de hecho, sólo faltaría nombrar, de forma más o menos clara, a los planetas Mercurio, Venus y Marte. Estos son, en astrología, por ser planetas personales, mucho más importantes e individualizadores que los más lentos. Quizá él entendió que mencionar a los elementos principales bastaba y que, por medio de ellos, un lector hábil podría recomponer todo el conjunto.

Nótese que para la época, los planetas que se inscribían en todo horóscopo eran: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Faltaban aún muchos años para que fueran descubiertos Urano, Neptuno y Plutón.

Para poder justificar con rotundidad los elementos de su horóscopo a los que Quevedo menciona, ahora vamos a examinar la estrofa por partes:

a) «*Dióme el León su quartana...*».

Primero, note el lector que esta oración encabeza la estrofa. Dado que en la anterior ya nos facilitó su signo solar, la primera configuración de entre las más importantes, la segunda en importancia encabeza ahora la estrofa.

Cuando dice «León» (con mayúscula inicial, además: noten y valoren la diferenciación), se refiere al signo zodiacal de Leo; de hecho, puede llamársele León a este signo, como Toro al signo de Tauro, forzando los términos, las acepciones tradicionales y su etimología. ¿Por qué razón le atribuyo yo a Leo precisamente el Ascendente de Quevedo? Por dos motivos: primero, por su mismo orden, que denota una configuración de importancia; la lógica nos dice que, después del signo solar, cabría referenciar al signo que ascendía por el horizonte al nacer. Segundo, porque ni en el día 14 ni en el día anterior, el 13 de septiembre de 1580 (únicos días posibles en que pudo nacer, antes de conocer la tesis de don José Luis Rivas) hallamos a ningún planeta en ese signo. Por supuesto, ni al Sol ni a la Luna, pero tampoco se hallan en este signo Mercurio, Venus, Marte, Júpiter o Saturno. Ni tampoco el Parte de la Fortuna, para las horas y días en que pudo nacer. Ningún elemento se halla o puede hallarse allí. ¿Acaso nuestro autor mencionaría en vano a un signo que no contiene ningún elemento? ¿Justificaría un rasgo de su personalidad con un elemento inexistente? No. Y menos, en el primer lugar de la estrofa. Tercera razón: de acuerdo con el día en que nació (aunque sería posible también para el día 13), poco después de medianoche, cuando Quevedo sitúa su nacimiento, el signo de Leo ascendía en el horizonte de su ciudad natal. Encaja perfectamente.

Y existe un matiz importante que confirma al signo zodiacal de Leo como el «León»

(con mayúscula inicial) al que se refiere nuestro autor: Leo es, tradicionalmente, uno de los signos del elemento Fuego. Y cuando Quevedo dice «cuartana», entiendo yo que se refiere a la «fiebre cuartana», a esa fiebre o calentura tan mencionada en los textos y documentos de antaño. No es difícil atar cabos con respecto al elemento «Fuego», propio del signo zodiacal de Leo (cuyas características fogosas son bien notorias, por otra parte): fuego, fiebre (cuartana), calentura o temperatura alta.

En suma: Quevedo nos dice que el signo de Leo, que se hallaba en su Ascendente, «le dio su cuartana», su fuego, su naturaleza fogosa, brava, temperamental. Y el que escribe estas líneas prefiere quedarse aquí, para no incursionar en el campo meramente astrológico.

b) «*Dióme el Escorpión su lengua...*».

Esta es la segunda oración de la estrofa y cabe entender que, a juicio de Quevedo, es también una referencia a una configuración astrológica importante. Hasta ahora, nuestro autor ha enumerado los puntos más importantes de todo horóscopo: el signo solar (en su caso, Libra), el signo ascendente (Leo es el suyo) y, ahora, el signo lunar (Escorpio, sugiere). Se corresponde al guión esperado; podemos apreciar en ello, en el orden, una especie de guía o hilo conductor. Quevedo no nos da toda la información -al fin y al cabo, es un romance y tiene sus límites formales- pero también evita que nos confundamos; el orden, pues, puede que esté deliberadamente considerado en atención a ello.

Pero la razón de asignar al signo lunar (la posición zodiacal de la Luna) a Escorpio -otro término, también con mayúscula inicial, que equivale al «Escorpión»- no podemos basarlo exclusivamente en el orden teórico de los elementos más importantes de un horóscopo. Tiene su peso, pero la idea no es suficientemente consistente. También es importante, al igual que ocurría con el signo de Leo en el punto anterior, constatar que el signo no acoge a ningún punto, factor o planeta para las horas y días en que pudo haber nacido el autor. Sólo, en función del día y de las horas de la noche en que pudo haber tenido lugar el alumbramiento, hallamos en el signo de Escorpio a la Luna. Y nuevamente nos preguntamos, ¿acaso mencionaría Quevedo a un signo zodiacal de no hallarse en él un elemento importante del horóscopo? ¿Acaso justificaría una manera de ser con algo que no existía en su cielo de nacimiento? Es altamente improbable; no tiene sentido, atendiendo al contexto del romance, en relación al mensaje que claramente nos quiere ofrecer. Y sólo la Luna puede ser ese factor; astronómicamente y por el orden lógico de importancia, al que ya hemos hecho referencia anteriormente.

Cuando nuestro autor dice: «*dióme el Escorpión su lengua...*», ¿a qué se refiere? Básicamente, a su naturaleza crítica, mordaz, cáustica; a su ironía, a su sarcasmo, a sus sátiras; a sus formas incisivas. Él mismo, en boca de sus personajes, emplea la expresión «lengua de escorpión» en más de una ocasión; por ejemplo, en uno de sus romances: *Advertencias de una dueña a un galán pobre*. Dice Quevedo, haciendo hablar a su personaje: «...viendo cocer en suspiros dos rejas y unas paredes, con su lengua de escorpión esto le dijo a un pobrete...». Y otros autores contemporáneos, célebres también como el autor de *El Buscón*, como el mismo Lope de Vega, también utilizan esta expresión allá por el siglo XVII. Dice Lope de Vega, en *El perro del hortelano*, y en palabras de Teodoro: «...bien sabes que con lengua de escorpión pintan la envidia».

Ahora bien, ¿es congruente el «díome el Escorpión su lengua...» o el tener una «lengua de escorpión», mejor dicho, con la combinación astrológica pertinente? Absolutamente. Aquí, es necesario dotar a esta oración de una dimensión astrológica adecuada. Hay que entender que si como es patente, Quevedo le dio a estas palabras y frases un componente o carga astrológica determinada, sólo mediante la astrología podremos comprender lo que nos quiere decir. Lo importante es no separarse de la doctrina astrológica tradicional; no redimensionar términos a nuestro antojo, ni forzar los significados, sino atender estrictamente al significado, al simbolismo tradicional que, en buena parte, en su esencia, permanece inalterable desde tiempos del astrónomo y astrólogo Claudio Ptolomeo, hace ya más de dos mil años.

Bien, la combinación en sí, el tener a la Luna en el signo de Escorpio, como Quevedo, comporta una naturaleza afín a lo dicho. Sin adentrarnos en una senda que nos desvíe de nuestro objetivo, puede ser clarificador el combinar ambos elementos astrológicos para nuclear una primera capa de significados. Así, si la Luna simboliza en astrología a las emociones, a la respuesta instintiva y, por extensión, atendiendo a su importancia, a buena parte de la manera de ser de un individuo, en combinación con el signo de Escorpio, a modo de matiz cualitativo, obtendremos una lectura bien definida. El signo del Escorpión se asocia a vocablos o sentencias como: sarcasmo, crítica, habilidad para la sátira, suspicacia, celo excesivo o, por ejemplo, una manera de ser profunda, penetrante, incisiva. Puede bastar para justificar esta combinación. Y todo ello, en consonancia con el cuerpo o doctrina astrológica más pura, en conformidad con la tradición.

c) *«Virgo, el deseo de hallarle».*

La tercera oración de la estrofa del romance objeto de estudio y análisis, hace referencia a un elemento del horóscopo también importante: el Parte de la Fortuna; éste, es uno de los pocos puntos virtuales, no astronómicos, del horóscopo. Su relevancia no es equiparable al signo solar, al Ascendente o al signo lunar, ciertamente, pero merece ser referenciado atendiendo a su peso específico en todo horóscopo. Quizá debiera estar relegado al último lugar de la estrofa, por detrás de la configuración que analizaremos en el siguiente apartado; pero tampoco tiene por qué ser así, pues tal vez para Quevedo primen otras razones, literarias o esencialmente astrológicas. Al hilo de esto último, es sabido que en el pasado se le dio una importancia mayor a este punto del horóscopo; hoy pasa por ser un mero factor radical más, pero importante. Quizá esté ahí la clave.

Al igual que ocurre con el signo de Leo (su Ascendente) y el de Escorpio (su signo lunar), tampoco en este signo zodiacal hallamos a ningún otro elemento del horóscopo. Este factor en Virgo, que depende estrechamente de la hora y el día, individualiza al horóscopo y acota el nacimiento entre los días 13 y 14. Más aún: nos ayuda, como veremos más adelante, a localizar la hora en que tuvo lugar el nacimiento.

En relación a la expresión «el deseo de hallarle», ésta puede tener connotaciones bien religiosas (la Virgen, con mayúsculas), bien morales, desprovistas o no de elementos religiosos: búsqueda de la pureza, de la castidad. Otras posibles interpretaciones, incluso alguna especialmente rebuscada, no pueden descartarse.

d) *«Y el Carnero su paciencia».*

Llegamos a la última parte de la estrofa. Aquí, nuestro autor hace referencia a uno de los elementos más importantes de todo horóscopo: el Mediocielo. Como ya expuse en la primera parte de este trabajo, el Mediocielo es uno de los ángulos y, junto con el Ascendente, un factor radical relevante, aunque no tan importante como este.

Es necesario aclarar que cuando Quevedo nos habla del «Carnero» (con mayúscula inicial) se refiere, inequívocamente, al signo zodiacal de Aries. Este signo del Zodíaco está representado, desde siempre, por el carnero, ese animal mamífero y rumiante. Así, pues, ambos términos son sinónimos en este plano: Carnero y Aries. Al hilo de esto último, quiero hacer notar que la palabra Zodíaco proviene del griego «zoon», que significa «algo viviente». En el pasado, al Zodíaco se le llamó «el círculo de las bestias», pues de los 12 signos sólo uno de ellos (Libra) no representa a una criatura viviente.

Nuevamente, el signo de Aries se hallaría vacío, sin contener ni alojar a planeta o factor radical alguno, de no situarse justamente allí el Mediocielo del horóscopo. Hoy, sabemos que para la fecha en que nació Quevedo, allí se hallaba el planeta o planeta enano Plutón, exactamente a 2° 48' de arco del signo de Aries. Pero nuestro autor no lo sabía entonces, pues faltaban prácticamente tres siglos para su descubrimiento.

Y en relación a que el Carnero o Aries le dio «su paciencia», aquí nos hallamos ante una contradicción: el signo zodiacal de Aries es conocido justamente por su impaciencia e impulsividad. Cabe suponer que Quevedo quiso con esta contradicción mostrarnos su lado más irónico, en forma de figura retórica, pues el producto de esta combinación astrológica está diametralmente opuesto a lo que nuestro autor apunta.

Hasta aquí el estudio de las diferentes oraciones de la estrofa, que corresponden a diferentes configuraciones astrológicas del horóscopo. Mediante todas estas indicaciones, podemos levantar con precisión el horóscopo de Quevedo. Y es sorprendente el hecho de que este autor inmortal haya colgado, de las oraciones que forman las primeras estrofas del romance estudiado, las claves para poder descubrir no solo su horóscopo sino, debido a ello, el mismo día e incluso la hora de su nacimiento. Y este romance tiene casi cuatro siglos de historia.

Finalmente, es conveniente transcribir de nuevo aquí una estrofa del romance, que nos confirma, por si había dudas, que Quevedo nos ha hablado en clave astrológica y no meramente en clave astronómica, mitológica ni de otro orden; esto, permite aventurar nuestras hipótesis dentro de este campo y no de otro. Dice nuestro autor en la octava estrofa del romance: «*Tal ventura desde entonces me dejaron los planetas, que puede servir de tinta, según ha sido de negra*». La referencia no permite equívocos: Quevedo achaca al pernicioso influjo de los planetas de su horóscopo su desgracia en la vida.

Pero esto no es todo. Aunque a mi juicio es, ya de por sí, asombroso. Mas nos espera otra sorpresa; quevediana, también. Si el rompecabezas o puzle parece encajar, bien pudiera haberlo hecho dentro de unos límites mayores, hasta el punto de no poder definir o precisar el horóscopo e, indirectamente, la hora o el día natal. Pero curiosamente, no es así, sino todo lo contrario. Hasta tal punto que si aún haciendo encajar las piezas arriba enumeradas y descifradas, adelantamos o retrasamos en unos pocos minutos la hora natal, alguna de estas configuraciones desaparece. En otras

palabras: si calculamos el horóscopo para cinco minutos antes, ya no tenemos un Ascendente Leo, sino Cáncer. Y Quevedo no menciona al signo de Cáncer, sino al de Leo. Y si retrasamos la hora natal en cinco minutos, ya no tenemos al Parte de la Fortuna en Virgo, sino en Libra. Si retrasamos la hora natal quince minutos, la Luna ya no se halla en Escorpio, sino en el signo de Sagitario.

Más aún: el astrólogo experimentado o el lector con conocimientos astronómicos y un mínimo de nociones astrológicas, podrá reparar en que todas las indicaciones pueden encajar para el día anterior, el 13 de septiembre, a la misma hora de la noche. Sólo las posiciones de la Luna, del Parte de La Fortuna y, en menor medida, del resto de factores, varían un poco en sus posiciones. La Luna, empero, sigue en el signo de Escorpio; el Parte de la Fortuna, también sigue en el mismo signo; incluso el Sol, a 0° de Libra, acaba de entrar en el signo. Pues bien, si no fuera por un detalle que nos proporciona el mismo Quevedo, conocedor de esta circunstancia, sin lugar a dudas, no podríamos determinar el día: podría ser el día 13 o el 14 de septiembre. Tendríamos la hora aproximada, sí, y dos horóscopos parecidos, pero no sabríamos a ciencia cierta el día en que aconteció el alumbramiento. ¿Saben cómo resuelve esta posible duda nuestro autor? Pues, sencillamente, con estas palabras: «*Un miércoles con un martes tuvieron grande revuelta, sobre que ninguno quiso que en sus términos naciera*». De esta manera, si fuera el día 13 significaría que el nacimiento habría tenido lugar entre un lunes (12) y un martes (13), pues sabemos que fue por la noche y con el signo de Leo ascendiendo en el horizonte. Y Quevedo nos dice que el nacimiento tuvo lugar entre un martes (13) y un miércoles (14), con Leo en el Ascendente. Ello no deja lugar a dudas: sólo puede ser el miércoles 14. Por cierto, ¿por qué razón menciona primero al miércoles? El orden natural nos empuja a mencionar primero al martes. ¿Es, acaso, una doble confirmación para el lector que sepa leer entre líneas? Es innecesaria, como hemos visto, pero no podemos descartar una posible intención en ello.

En base a la información que el propio autor nos brinda en algunas de las primeras estrofas de su conocido romance, una vez reconstruido el horóscopo, tal y como él lo conocía, lo veía y, más que posiblemente, lo estudiaba, podemos afirmar que don Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid el miércoles 14 de septiembre de 1580⁷, entre las 00:59 y la 1:04⁸ de la madrugada. Sólo pudo nacer entre este lapso de tiempo: 5 minutos exactamente. Sólo para este día y dentro de esta franja de tiempo hallamos a todas las características astrológicas y circunstanciales que Quevedo detalla en la primera parte de su romance. Más allá de la astrología, esta realidad es astronómicamente incontestable.

Para que lo entienda el lector no habituado a los horóscopos o a la astrología culta ni a su terminología y conceptos: Quevedo parece que sabía de esa particularidad específica de su horóscopo y nos dio cuatro claves, sí, pero tan certeras y precisas, con tal peculiaridad en su engranaje astronómico que si adelantábamos o retrasábamos la hora natal, esas piezas del reloj fallaban y el mecanismo no funcionaba. Mi opinión, objetiva y comprobable en el juicio -pues es una realidad astronómica-, en base a todo esto, es que nuestro autor inmortal era consciente de ello y nos brindó, nos regaló, a modo de mensaje en la botella que se lanza al océano del tiempo, su horóscopo.

⁷ Fecha suministrada en el Calendario Juliano, en vigor en España hasta el año 1582.

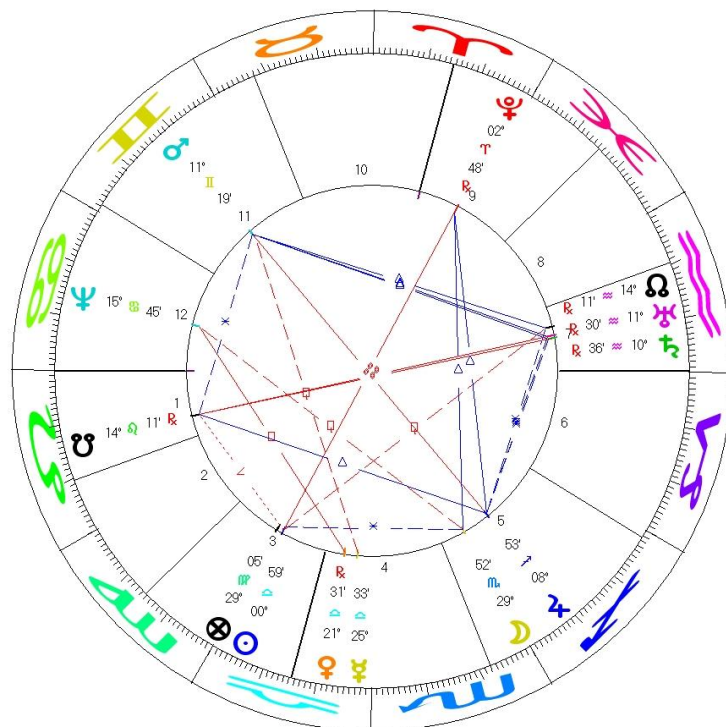
⁸ Hora suministrada en Tiempo Universal.

Debo decir que por mi condición de investigador, estudioso y profesional de la astrología, con una decena de libros publicados sobre la materia en varias editoriales, estoy en la orilla de esta disciplina. No obstante, este trabajo lo he abordado con objetividad e imparcialidad, de forma aséptica, obviando lo astrológicamente prescindible y no pertinente; y apuntalando mis aseveraciones y mi tesis con realidades astronómicas, cercanas a lo que entendemos como ciencia. Y si en el hecho de poder contar con el horóscopo (descifrado ya) de Quevedo, interpreta el lector una intención o interés puramente astrológico, en realidad no es así. Entiendo que, independientemente de la materia en cuestión, la astrología, aquí lo que importa no solo es el poder rescatar un elemento histórico desconocido (su horóscopo), referido a una figura ilustre de la cultura de nuestro país y de nuestra lengua, que ha podido descifrarse; es más que eso: es el poder descubrir, valorar y disfrutar, intelectualmente, de esa intención oculta -muy propia de Quevedo, pienso yo-, en relación a su persona: su horóscopo escondido entre su obra.

A continuación, les muestro el horóscopo de don Francisco de Quevedo, según el tipo de gráfico o dibujo que se estila en nuestro siglo XXI:

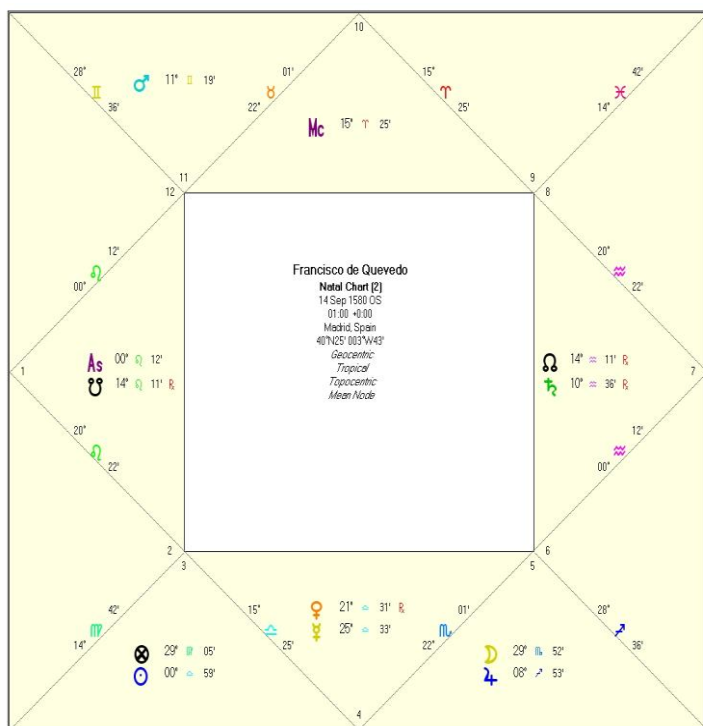
Figura 1.

Francisco de Quevedo
Natal Chart [2]
 14 Sep 1580 OS
 01:00 +0:00
 Madrid, Spain
 40°N25' 00°E43'
 Geocentric
 Tropical
 Topocentric
 Mean Node



Y el mismo horóscopo, de don Francisco de Quevedo, según el tipo de gráfico o dibujo que se empleaba en el siglo XVII:

Figura 2.



Nótese que, al igual que en el gráfico siguiente, el horóscopo se ha calculado para la 1:00 de la madrugada (TU); el margen de error es de +- 5 minutos de tiempo, en cualquier caso.

En esta figura, los elementos son exactamente los mismos, pero situados en un gráfico cuadrado. Aquí no se incluye a los planetas Urano, Neptuno y Plutón, planeta enano, según la UAI⁹. Es un gráfico muy parecido, en la forma y en el contenido, al que posiblemente manejó Quevedo a lo largo de su vida, dados sus conocimientos astrológicos.

Para el cálculo de las posiciones planetarias y del conjunto del horóscopo, se ha utilizado el programa informático de astrología *Solar Fire*¹⁰, un *software* astronómico-astrológico que ofrece una gran exactitud en sus computaciones para la época objeto de estudio.

⁹ Unión Astronómica Internacional.

¹⁰ *Solar Fire V. 5.0.*, Astrolabe, P.O. Box 1750, Brewster, MA (USA), 2000.

Conclusión.

Como ha quedado demostrado a lo largo del presente estudio, mediante la precisa información que nuestro autor inmortal dejó codificada, astronómica y astrológicamente, en uno de sus romances, hemos podido reconstruir el verdadero horóscopo de don Francisco de Quevedo y Villegas, averiguar con exactitud su hora de nacimiento y poder confirmar que nació el 14 de septiembre de 1580, tal y como recientemente se ha podido descubrir por otras vías paralelas.

Debo reconocer que si no hubiera sido por la investigación efectuada por don José Luis Rivas Cabezuelo, defendiendo acertadamente que nuestro autor había nacido un 14 de septiembre, jamás hubiera acometido tal empresa. Es justamente su interpretación de la fase lunar, una de las claves que nos muestra Quevedo, junto con el resto de indicaciones que nuestro autor siembra en su famoso romance, lo que propició que prestara mi atención en las estrofas donde se halla codificado el mensaje.

Más allá de poder redescubrir su horóscopo, de averiguar indirectamente la hora en que nació o de poder confirmar la suposición de que nació un 14 de septiembre de 1580, entiendo que mi aportación refuerza la idea, cada vez más consistente, de que Quevedo era un firme partidario de la astrología; mas no por ello dejaba de mostrarse especialmente crítico con los astrólogos, que son cosas distintas. En cualquier caso, cuatro siglos más tarde, Quevedo nos sigue sorprendiendo.

Bibliografía.

Astrana Marín, L., *Epistolario completo de don Francisco de Quevedo y Villegas*, Instituto Editorial Reus, Madrid, 1946.

Devore, N., *Enciclopedia Astrológica*, Editorial Kier, Buenos Aires, Argentina, 1992.

Estadella, J., *La Interpretación Astrológica*, Ediciones Indigo, Barcelona, 2004.

Giuntini, F., *Speculum astrologiae* [...], 2 vols., Philippe Tinghi, Lugduni, 1583.

Gouchon, H. J., *Diccionario Astrológico*, Luis Cárcamo editor, Madrid, 1987.

Martinengo, A., *La astrología en la obra de Quevedo: una clave de lectura*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona, 1992.

Michelsen, N. F., *Tables of Planetary Phenomena*, ACS Publications, San Diego, CA (USA), 2003.

Quevedo, F. de, *Obras completas*, M. Aguilar, Madrid, 1932.

– *Antología poética*, Espasa-Calpe, Madrid, 1959.

Rivas Cabezuelo, J. L., «Sobre el nacimiento de Francisco de Quevedo», *La Perinola*, 12, 2008.

Wilson, J., *Dictionary of Astrology*, Astrology Classics, Bel Air, MD (USA), 2006.

FUNDACIÓN
FRANCISCO
DE QUEVEDO



**Ayuntamiento de
Torre de Juan Abad**

